

se llenó de consternación viendo grupos de gente armada recorrer las calles tumultuosamente y en todas direcciones; y los que no pertenecían al bando de Almagro temían ser envueltos en la proscripción. Tan grande fue el desorden que reuniéndose los padres de la Merced, salieron en solemne procesión con el Santísimo Sacramento con la esperanza de calmar de este modo las pasiones de la multitud.

Pero ni Rada ni sus compañeros cometieron más actos de violencia que prender á unas cuantas personas sospechosas y apoderarse de todos los caballos y armas que encontraron. Intimóse después al ayuntamiento que reconociera la autoridad de Almagro, y los que se negaron á ello fueron separados, sin ceremonia, de sus empleos y reemplazados por otros de la facción de Chile. Así los derechos que alegaba Almagro fueron reconocidos y el joven paseando las calles á caballo, escoltado por un cuerpo de caballeros bien armados, fue proclamado á son de clarines gobernador y capitán general del Perú.

Entre tanto los destrozados cuerpos de Pizarro y de sus fieles servidores habían quedado tendidos en el pavimento y cubiertos de sangre. Algunos propusieron que se llevase el de Pizarro á la plaza del mercado y se fijase su cabeza en la horca; pero otros aconsejaron secretamente á Almagro y obtuvieron de él que cediese á las instancias de sus amigos y permitiese su entierro. Verificóse este secreta y precipitadamente por temor de una interrupción en el momento de la ceremonia. Un fiel servidor y su esposa, asistidos de unos cuantos criados negros envolvieron el cuerpo en una sábana de algodón y le llevaron á la catedral. Cavóse una sepultura en el rincón más oscuro; digéronse las oraciones á toda prisa y en secreto, y al débil resplandor de unas cuantas hachas suministradas por aquellos humildes servidores, los restos de Pizarro envueltos en su sangriento sudario fueron depositados en la madre tierra. Tal fue el miserable fin del conquistador del Perú, del hombre que pocas horas antes dominaba todo el país con tan absoluto poder como el de los Incas. Sorprendido á la luz del día, en el centro de su capital, en medio de los que habían sido sus compañeros de armas partícipes de sus triunfos y de sus beneficios, pereció como un miserable proscrito; y para usar del expresivo lenguaje del cronista, «no hubo nadie que le digese: Dios te perdone (1).»

Pocos años después, cuando se hubo restablecido la tranquilidad en el país, los restos de Pizarro fueron colocados en un suntuoso féretro y depositados bajo un monumento en una parte visible de la catedral; y en 1607, cuando el tiempo había ya tendido su benéfico velo sobre lo pasado y la memoria de los yerros y de los crímenes se había borrado ante el recuerdo de los grandes servicios hechos á la corona con la extensión de su imperio colonial, sus huesos fueron trasladados á la nueva catedral para que reposasen al lado de los de Mendoza, el sábio y digno virrey del Perú (2).

Pizarro no tenía probablemente más de sesenta y cinco años de edad cuando murió; debe sin embargo tenerse presente que esta conjetura es aventurada, pues no existe documento auténtico respecto á la

Riquelme entre los individuos del ayuntamiento de Lima, lo que prueba que juzgó conveniente adherirse, á lo menos por entonces, á la causa de Almagro.

(1) «Murió pidiendo confesión, y haciendo la cruz sin que nadie dijese, ¡Dios te perdone!» Gomara Hist. de las Indias, cap. CXLIV.

MS. de Caravantes.—Zárate, Conquista del Perú, libro IV, cap. VIII.—Carta del maestro Martín de Arasco, MS.—Carta de fray Vicente de Valverde desde Tumbuz, MS.

(2) «Sus despojos encerrados en una caja guarnecida de terciopelo morado con passamanos de oro que yo he visto.» MS. de Caravantes.

fecha de su nacimiento (3). Permaneció siempre soltero; pero de una princesa india de sangre real, hija de Atahualpa y nieta del gran Huayna Capac, tuvo una hija y un hijo. Ambos le sobrevivieron; pero el hijo no llegó á la edad viril. Su madre después de la muerte de Pizarro se casó con un caballero español llamado Ampuero, y se trasladó con él á España. Su hija Francisca la acompañó y se casó después con su tío Hernando Pizarro, preso á la sazón en la Mota de Medina. Ni el título ni los estados del marqués Francisco Pizarro pasaron á su descendencia ilegítima. Pero en la tercera generación, en el reinado de Felipe IV, se restableció el título en favor de don Juan Hernando Pizarro, quien en atención á los servicios de su antecesor fue creado marqués de la Conquista y recibió una gran pensión del gobierno. Sus descendientes que llevan el mismo título de nobleza se encuentran todavía, según se dice, en Trujillo en Estremadura, tierra natal de los Pizarros (4).

Ya he descrito en otro lugar la persona de Pizarro. Era de alta estatura, bien proporcionado y de aspecto no desagradable. Criado en los campos, sin el menor barniz de corte, su aire era marcial y como de un hombre acostumbrado al mando. Pero sus maneras aunque no finas, no mostraban embarazo ni rusticidad, y cuando le convenía eran agradables y hasta insinuantes. La prueba de ello es la impresión favorable que produjo después de su segunda expedición en la ceremoniosa corte de Castilla, á pesar de ser extraño á sus formalidades y usos.

Distinto en esto de muchos de sus compatriotas no era aficionado al lujo, antes le miraba como cosa molesta. El traje que más comunmente llevaba en ocasiones en que tenía que presentarse al público, consistía en una capa negra, un sombrero blanco y zapatos del mismo color: estos últimos dicese que los llevaba por imitar al gran capitán, cuyo carácter había aprendido á admirar desde luego en Italia, pero con el cual ciertamente tenía el suyo muy débil semejanza (5).

Era sóbrio en la comida y bebida, y comunmente se levantaba antes del alba. Era también puntual en la asistencia á los negocios é incansable para el trabajo: como muchos compatriotas suyos, amigo del juego, y poco mirado respecto á la calidad de aquellos con quienes jugaba, aunque cuando su contrario no tenía que perder, él se dejaba ganar, modo de obligar muy recomendado por un escritor castellano por su delicadeza (6).

Aunque avaro para gastar, no atesoraba. Sus grandes tesoros, mayores probablemente de los que

(3) Ante, tomo I, pág. 122, nota I.

(4) MS. de Caravantes.—Quintana, Españoles célebres, tomo II, pág. 417.—Véase también el *Discurso legal y Fútilico* que unió Pizarro y Orellana á su voluminosa obra, y en el cual se sostienen las reclamaciones de Pizarro. Es una especie de memorial dirigido á Felipe IV en favor de los descendientes de Pizarro, en el cual el escritor, después de hablar de los multiplicados servicios del conquistador, demuestra cuán poco se ha aprovechado su posteridad de las concesiones que aquel debió á la munificencia de la corona. El argumento del consejero produjo sus efectos.

(5) Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIV.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. IX.—El retrato de Pizarro en el palacio de los Virreyes de Lima le representa en traje de caballero con capa de marta y espada. Cada entrepaño de la espaciosa sala de los Virreyes estaba reservado para el retrato de uno de ellos. La larga fila está completa desde Pizarro hasta Pezuela; y es un hecho curioso que hace notar Stevenson, que acababa de llenarse el último hueco cuando la revolución vino á echar por tierra el dominio de los virreyes. (Véase Residencia en la América del Sur, pág. 228.) Lo mismo sucedió en Venecia, donde, si mi memoria no me es infiel, se acababa de llenar el último nicho reservado para el elígie del Dux cuando fue derribada la antigua aristocracia. La coincidencia es singular.

(6) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. IX.

jamas han tocado en suerte á un aventurero (1) se disiparon en su mayor parte en sus empresas, en sus obras de arquitectura y en sus planes de mejoramiento público, planes que en un país donde el oro y la plata podía decirse que habían perdido su valor á causa de su abundancia, absorbían una increíble cantidad de dinero. Aunque él en cierto modo consideraba todo el país como suyo y le distribuía libremente entre sus capitanes, es cierto que la régia concesión de un gran territorio con veinte mil esclavos que le hizo la corona, jamás fue llevada á efecto, ni sus herederos se aprovecharon nunca de ella (2).

Para un hombre de la activa energía de Pizarro la inacción era el mayor mal. La excitación del juego era en cierto modo necesaria para un espíritu acostumbrado á los estimulantes de la guerra y de las peligrosas aventuras. Su alma tosca no había jamás saboreado recreos más puros é intelectuales. El pobre espósito no había recibido lecciones ni de leer ni de escribir. Algunos aseguran que sabía ambas cosas, pero está averiguado lo contrario por el testimonio de autoridades irrecusables (3). Montesinos dice en efecto que Pizarro en su primer viaje trató de aprender á leer; pero que no consintiólo la viveza de su carácter, se contentó con aprender á escribir su nombre (4). Pero Montesinos no era historiador contemporáneo: Pedro Pizarro, su compañero de armas, nos dice espresamente que no sabía escribir ni leer (5) y Zárate, otro contemporáneo, muy relacionado con los conquistadores, confirma este aserto, y añade que Pizarro no sabía ni aun firmar (6). Su secretario Picado firmaba por él en sus últimos años, y el gobernador hacía solamente la rúbrica acostumbrada á los lados de su nombre. Esto se ve en los instrumentos que yo he examinado, en los cuales su nombre, escrito probablemente por su secretario, ó el título de marqués que en los últimos tiempos reemplazó á su nombre, tienen á cada lado una rúbrica ejecutada de una manera tan tosca, como si fuera hecha por la mano de un cavador. Sin embargo, no debemos juzgar de este defecto bajo el punto de vista del siglo en que vivimos, siglo de ilustración general, á lo menos en nuestro afortunado país. El arte de leer y escribir, ahora tan universalmente extendido, era en el siglo XVI propio de una refinada educación; y todos los que consulten las memorias autógrafas de

(1) «Halló i tuvo mas oro i plata que otro ningun español de cuantos han pasado á Indias ni que ninguno de cuantos capitanes han sido por el mundo.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIV.

(2) MS. de Caravantes.—Pizarro y Orellana, Discurso Leg. y Pol., ap. Varones ilustres.—Gonzalo Pizarro cuando fue hecho prisionero por el presidente Gasca, le retó á que señalase un punto cualquiera del país donde se hubiese llevado á efecto la real concesión de territorio hecha á su hermano. Véase Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXVI.

(3) Es extraño que persona tan esperta como Muñoz haya caído en este error. En una de las cartas de Pizarro encuentro la siguiente nota autógrafa de este eminente escritor: *Carta de Francisco Pizarro, su letra y buena letra.*

(4) «En este viaje trató Pizarro de aprender á leer: no le dió su viveza lugar á ello; contentóse solo con saber firmar, de lo que se reía Almagro, y decía que firmar sin saber leer era lo mismo que recibir herida sin poder darla. En adelante firmó siempre por sí y por Almagro su secretario.» Montesinos Anales, MS., año de 1525.

(5) «Porque el marqués don Francisco Pizarro como no sabía leer ni escribir...» Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.

(6) «Siendo personas, dice el autor hablando de Pizarro y Almagro, no solamente no leídas, sino que todo punto no sabían leer, ni aun firmar, que en ellos fue causa de gran defecto... Fue el marqués tan confiado de sus criados y amigos, que todos los despachos que hacía, así de gobernación como de repartimiento de indios, libraba haciendo él dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. IX.

TOMO I.

aquel tiempo, aun las de personas de mayor categoría encontrarán las más de ellas escritas en una letra que haría muy poco honor á un muchacho de la escuela en los actuales tiempos.

Pizarro, aunque atrevido en la acción y firme en su propósito, del cual difícilmente podía disuadirse, solía detenerse mucho antes de tomar una decisión definitiva; lo cual le daba una apariencia de irresolución extraña á su carácter (7). Quizá el coacer esto le hizo adoptar la costumbre de contestar desde luego: «no,» á los que iban á pedirle algún favor y después á sus anchas reflexionaba sobre lo que le habían pedido y concedía lo que creía deber conceder. Era en esto el revés de su compañero Almagro, del cual se observaba que siempre decía «sí,» pero pocas veces cumplía su palabra; rasgo característico del genio confiado y negligente de este jefe que se guiaba más bien que por sistema por los impulsos de su corazón (8).

Casi inútil es hablar del valor de un hombre que seguía la carrera de Pizarro. En efecto, el valor era cualidad muy común entre los aventureros españoles, porque el peligro era su elemento. Pero poseía algo más que el mero valor animal, y era la constancia de propósito tan profundamente arraigada en él, que no podían conmoverla las más furiosas tempestades de la fortuna; esa inflexible constancia que formaba la esencia de su carácter, y que era al mismo tiempo el secreto de sus triunfos. Pruebas notables de ella dió en su primera expedición entre los húmedos pantanos de Choco. Vió á sus compañeros sucumbir en derredor suyo á impulso de la enfermedad, destruidos por un enemigo invisible y sin poder dar un golpe en su defensa, y sin embargo su ánimo no desmayó, ni retrocedió en su empresa.

Hay algo que oprime la imaginación de esta lucha contra la naturaleza. En el combate entre hombre y hombre el ánimo se complace viendo que las condiciones son iguales; pero en la guerra con los elementos conocemos que por más valor que mostramos en la lucha no tenemos poder para resistir. Ni nos anima la esperanza de adquirir gloria en tal contienda, porque en el caprichoso juicio que se forma de la gloria humana el sufrir en silencio las privaciones por penosas que sean es poca en comparación de los ostentosos trofeos de la victoria. El laurel del héroe, ¡triste cosa es para la humanidad! crece más en los campos de batalla.

El ánimo inflexible de Pizarro se manifestó con más energía aun cuando en la pequeña isla del Gallo trazó en la arena la línea que debía separarle, con el puñado de hombres que le seguían, de su país y del mundo civilizado. Confiaba en que su constancia daría fortaleza á los débiles y agruparía en derredor suyo á todos aquellos valientes para ayudarle en su empresa. Fióbase en el porvenir y no erró en sus cálculos. Este fue un acto de heroísmo, al cual sólo faltaba un motivo más noble para constituir un acto de verdadera moral sublime.

Todavía desplegó la misma cualidad de carácter, aunque de un modo menos notable, cuando desembarcando en la costa y habiendo sabido la verdadera fuerza y civilización de los Incas, persistió en internarse en el país á la cabeza de un cuerpo que no lle-

(7) Esta tardanza en decidirse ha hecho dudar á Herrera completamente de su resolución; juicio que contradice todos los hechos de la historia. «Porque, aunque era astuto i recatado, por la maior parte fue de ánimo suspenso y no muy resuelto.» Hist. general, dec. V, lib. VII, cap. XIII.

(8) «Tenía por costumbre de cuando algo le pedían dezir siempre de no. Esto dezía él que hacía por no faltar á su palabra; y no obstante que decía no, correspondía con hazerlo que le pedían no aviendo inconveniente... don Diego de Almagro hera á la contra, que á todos dezía, sí, y con pocos lo cumplía.» Pedro Pizarro, Descub. Conq., MS.

8**

gaba á doscientos hombres. En esto indudablemente se propuso seguir el ejemplo de Cortés, tan contagioso para los ánimos aventureros de aquel tiempo, y especialmente para Pizarro, empeñado como estaba en una empresa semejante. Sin embargo, el peligro á que se espuso Pizarro fue mucho mas grande que el que tuvo que arrostrar el conquistador de Méjico, cuya fuerzas eran casi triples, al paso que el terror que inspiraba el nombre del Inca, terror justificado por los resultados, estaba tan extendido entre los peruanos como entre los aztecas.

Imitando tambien el mismo noble modelo, ideó Pizarro la captura de Atahuallpa. Pero las situaciones de ambos capitanes eran tan diversas como lo fue el modo con que se ejecutaron estos actos de violencia. La cruel matanza que se hizo de los peruanos, se asemejó mas que otra cosa á la que perpetró Alvarado en Méjico, y habria tenido tan desastrosas consecuencias, si el carácter peruano hubiera sido tan fiero como el de los aztecas (1). Pero el golpe que escitó la irritacion de estos últimos hasta la locura, amilanó los ánimos pacíficos de los peruanos. Fue un golpe atrevido, que por haber dejado tanto á la casualidad apenas merece nombre de golpe político.

Cuando Pizarro desembarcó en el país, le encontró dividido por una lucha en que se disputaba la corona. Parecía que estaba en su interés escitar un partido contra el otro, declarándose despues en favor del que mas le conviniera. En vez de esto recurrió á un acto audaz de violencia que confundió á los dos partidos. Su carrera posterior no presenta muestra alguna de la profunda política que desplegó Cortés cuando reunió bajo su bandera naciones desunidas entre sí y las dirigió contra el enemigo comun. Todavía tuvo menos oportunidad de desplegar la táctica y admirable estrategia de su rival. Cortés sujetó sus operaciones militares á los principios que sirven de norma á un gran capitán que manda una poderosa hueste. Pizarro aparece solamente como un aventurero, un caballero andante afortunado. De un solo golpe destruyó el encanto que por tanto tiempo habia conservado el país bajo el dominio de los Incas. Quedó el encanto destruido y la aérea fábrica del imperio, construida sobre la superstición de muchos siglos, se desvaneció al contacto de la realidad. Pero esto fue una fortuna, mas bien que el resultado de un cálculo político.

Pizarro era eminentemente pérfido, y nada mas opuesto á la sana política. Un acto de perfidia plenamente averiguado viene á ser la ruina de su autor. El hombre que permite que los demas desconfíen de su buena fé, se desprende de la mejor base para sus futuras operaciones. ¿Quién á sabiendas querrá edificar sobre arena movediza? Con la pérfida conducta que observó con Almagro, se enagenó Pizarro los ánimos de los españoles. Con el pérfido tratamiento que dió á Atahuallpa y despues al Inca Manco, disgustó á los peruanos. El nombre de Pizarro llegó á ser sinónimo de perfidia. Almagro se vengó con una guerra civil; Manco con una insurrección que estuvo á pique de costar á Pizarro su poder. La guerra civil terminó en una conspiración que le costó la vida. Tales fueron los frutos de su política. Pizarro puede ser considerado como hombre astuto, pero no como hombre político, segun se han complacido muchas veces en pintarle sus compatriotas.

Cuando tomó posesion del Cuzco halló un país adelantado en las artes de la civilización; instituciones bajo las cuales el pueblo vivía tranquilo y seguro; las montañas y las llanuras elevadas estaban cubiertas de ganados; los valles reverdecían con los frutos de una ilustrada agricultura; los graneros y almacenes estaban atestados; todo el país se regocijaba en la abun-

(1) Véase la Conquista de Méjico, lib. IV, cap. VIII.

dancia, y el carácter de la nación, dulcificado bajo la influencia de la forma de superstición mas suave y mas inocente, estaba perfectamente preparado para recibir una civilización cristiana y mas sublime. Pero lejos de introducirla, Pizarro entregó las razas conquistadas al dominio de su brutal soldadesca; los sagrados claustros fueron abandonados á su lascivia, y las ciudades y aldeas entradas á saco; los desgraciados indios fueron repartidos como esclavos para trabajar en las minas en beneficio de sus vencedores; los rebaños quedaron diseminados y estúpidamente destruidos; disipáronse las riquezas encerradas en los graneros; los ingeniosos procedimientos para mejorar el cultivo cayeron en desuso, y el paraíso quedó convertido en desierto. En vez de aprovecharse de las antiguas formas de civilización, prefirió Pizarro borrar de aquella tierra hasta el menor vestigio y sobre sus ruinas levantar las instituciones de su país. Sin embargo, estas instituciones hicieron poco en favor del pobre indio, preso en cadenas de hierro. Poco le importaba que las riberas del Pacífico se cubriesen de ciudades y pueblos, depósitos de un comercio floreciente: él no habia de participar de los productos: era un extranjero en la tierra de sus padres.

La religión del peruano que le dirigía á adorar esa gloriosa luminaria que es la mejor representante del poder y beneficencia del Criador, es tal vez la forma mas pura de superstición que ha existido entre los hombres. Sin embargo, apenas en el nuevo orden de cosas y por medio del caritativo celo de los misioneros penetraron algunos rayos de mas noble fé entre las tinieblas que oscurecían el alma del indio. El mismo Pizarro no puede ser tachado de haber mostrado exagerada solicitud por la propagación de la fé. No era fanático como Cortés. El fanatismo es la perversion del principio religioso; pero en Pizarro era el principio mismo el que faltaba. La conversión de los infieles era uno de los motivos que predominaron en Cortés para emprender su expedición. No era una vana jactancia: hubiera sacrificado su vida por este objeto en cualquiera ocasion, y mas de una vez por su indiscreto celo puso en peligro su vida y el éxito de la empresa. Su gran propósito era purificar la tierra de las brutales abominaciones de los aztecas sustituyendo á ellas la religión de Jesus. Esto daba á la expedición el carácter de una cruzada; es la mejor apología de la conquista, y atrae, mas que otra alguna consideración, nuestra simpatía en favor de los conquistadores.

Pero los motivos principales que guiaron á Pizarro, á lo menos segun el juicio humano puede deducirlos, fueron la avaricia y la ambición. Los benévolos misioneros le siguieron en verdad en su carrera para esparcir la semillas de la verdad espiritual, y el gobierno español dirigió como de costumbre su benéfica legislación á la conversión de los indígenas. Pero lo que principalmente movió á Pizarro y sus secuaces en la conquista fue la sed de oro. Este era el verdadero estímulo de su trabajo, el premio de la peridia y el mas precioso galardón de sus victorias. Esto dió un carácter bajo y mercenario á la empresa; y cuando comparamos la feroz codicia de los conquistadores con las apacibles é inofensivas maneras de los vencidos, nuestra simpatía, y aun la simpatía de los españoles, está necesariamente del lado del indio.

Pero como no hay pintura que no tenga su parte de luz, haciendo justicia á Pizarro no debemos insistir exclusivamente en las facciones oscuras de su retrato. No ha tenido España un hijo á quien deba mas obligaciones por la extensión que dió á su imperio; pues su mano conquistó para ella la mas rica de las joyas indias que resplandecieron un tiempo en su imperial diadema. Cuando contemplamos los peligros que arrostró, las fatigas que con tanta pacien-

cia sufrió, los increíbles obstáculos que superó, los magníficos resultados que consiguió con su solo brazo sin auxilio del gobierno, aunque no puede tenersele por hombre grande ni bueno en toda la extensión de la palabra, no es posible dejar de considerarle como hombre muy extraordinario.

Tampoco podemos sin injusticia omitir para atenuar sus yerros, el hacernos cargo de las circunstancias de su edad primera; porque, como Almagro, era hijo del pecado y del dolor, arrojado al mundo casi desde su nacimiento para que en él buscara fortuna como pudiera. En su tierna edad debia recibir las impresiones que le comunicasen aquellos en cuya sociedad vivia. ¿Y cuándo le toca al pobre espósito caer en manos de personas entendidas y virtuosas? Tocóle vivir entre la licencia de un campamento en la escuela de la rapina, con personas cuya única ley era la espada, y que miraban al desgraciado indio y á sus propiedades como un despojo legítimo.

¿Quién no se estremece al pensar lo que podria haber sido, educado en semejante escuela? La grandeza del crimen no es una prueba clara de la criminalidad del agente. La historia debe hablar del primero para recordarle como un aviso al género humano; pero solo aquel que conoce el corazón de los hombres, la fuerza de la tentación y los medios de resistirla, es el que puede determinar la medida del delito.

CAPITULO VI.

Movimientos de los conspiradores. — Se adelanta Vaca de Castro. — Actos de Almagro. — Marcha del gobernador. — Las fuerzas de ambos se aproximan. — Sangrientas llanuras de Chupas. — Conducta de Vaca de Castro.

1541—1543.

El primer acto de los conspiradores, despues de asegurar la posesion de la capital, fue enviar emisarios á las diferentes ciudades para proclamar la revolución que acababa de verificarse y exigir el reconocimiento de Almagro como gobernador del Perú. En aquellos puntos como Trujillo y Arequipa, donde la intimidación iba sostenida por una fuerza militar, fue sin mucha dificultad obedecida. Pero en otras poblaciones tuvo mas frio asentimiento y en algunas el orden fue recibido con desprecio. En el Cuzco, punto el mas importante despues de Lima, un número considerable de partidarios de Almagro aseguro el triunfo de su bando, deponiendo de sus empleos á los magistrados de opinion contraria, y reemplazándolos con otros de carácter mas acomodaticio. Pero los leales habitantes de la ciudad, disgustados de semejante proceder, enviaron á buscar secretamente á uno de los capitanes de Pizarro llamado Alvarez de Holguin; y este entrando en la ciudad depuso á los nuevos dignatarios y redujo á la obediencia la antigua capital.

Los conspiradores esperimentaron una oposición todavia mas enérgica de parte de Alonso de Alvarado, uno de los principales capitanes de Pizarro (derrotado, como recordará el lector, por Almagro el padre en el puente de Abancay) y que entonces se hallaba en el Norte con unos doscientos hombres de excelente tropa. Este oficial al recibir la noticia del asesinato de su jefe, escribió inmediatamente al licenciado Vaca de Castro, participándole el estado de los negocios en el Perú, é instándole para que apresurase su marcha hácia el Sur (1).

(1) Zárate, Couq. del Perú, lib. IV, cap. XIII. — Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VII. — Declaración de Usategui, MS. — Carta del maestro Martin de Arauco, MS. — Carta de fray Vicente de Valverde, desde Tumbes, MS.

Como se ha dicho en uno de los capítulos anteriores, Vaca de Castro habia sido enviado por la corte de España para cooperar con Pizarro al restablecimiento de la tranquilidad del país, y con facultades para tomar el mando en caso de muerte del gobernador. Despues de una larga y tempestuosa travesía desembarcó en la primavera de 1541 en el puerto de Buena Ventura; y disgustado de los peligros del mar, prefirió continuar su molesto viaje por tierra. Pero estaba tan debilitado por las incomodidades que habia sufrido, que tardó tres meses bien completos en llegar á Popayan, donde recibió la sorprendente noticia de la muerte de Pizarro. Esta era la contingencia tan juiciosamente prevista en sus instrucciones. Sin embargo, las dificultades de su situación le pusieron en una perplejidad dolorosa. Era extranjero en aquella tierra, con imperfectos conocimientos acerca del país, sin fuerza armada que le protegiese, sin pericia militar de que poder aprovecharse en caso necesario. Nada sabia respecto al grado de influencia que tenia Almagro; nada tampoco acerca de la extensión y fuerza de la insurrección; nada en fin de las disposiciones del pueblo entre el cual se hallaba.

En tal conflicto un ánimo débil habria seguido el parecer de los que le aconsejaban que se volviese á Panamá y esperase allí hasta reunir fuerza suficiente para presentarse de nuevo y hacer cara con ventaja á los insurgentes. Pero el valeroso corazón de Vaca de Castro rehusó dar un paso que habria probado su incompetencia para el puesto que se le habia conferido. Tenia confianza en sus propios recursos y en la influencia de la comisión en virtud de la cual iba á obrar. Confiaba sobre todo en la habitual lealtad de los españoles, y despues de meditarlo maduramente, determinó seguir adelante y fiar á los sucesos el cumplimiento del objeto de su misión.

Confirmóle en su propósito la carta que recibió de Alvarado; y sin mas dilación continuó su marcha á Quito. Allí fue bien recibido por el segundo de Gonzalo Pizarro, que gobernaba el país durante la ausencia de su jefe, ocupado, como hemos visto, en la expedición al río de las Amazonas. Reuniósele tambien Benalcázar, el conquistador de Quito, con una corta fuerza, y le ofreció auxiliárle personalmente en la prosecución de su empresa. Entonces presentó la real cédula que le autorizaba para tomar el mando en el caso de que Pizarro muriese, y declaró que habiendo llegado este caso, era su intención ejercer la autoridad que se le habia conferido. Al mismo tiempo envió emisarios á las principales ciudades, exigiendo le obedeciesen como á legítimo representante de la corona, teniendo cuidado de elegir para este servicio personas discretas y de prestigio entre los ciudadanos; y despues continuó lentamente su marcha hácia el Sur (2).

Quería de este modo dar tiempo á que sus intimaciones produjesen efecto y á que se calmase la fermentación causada por los últimos extraordinarios sucesos. Confiaba en la lealtad que hacia que el español se sometiese siempre, escepto en casos extremos, á las decisiones de la autoridad real; y aunque las pasiones del momento podían haber alterado en cierto modo estos sentimientos populares, creía poder fácilmente dar al pueblo la recta dirección y devolverle

(2) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. IV. — Carta de Benalcázar al emperador desde Cali, MS., 20 de setiembre de 1542.

Benalcázar aconsejó á Vaca de Castro que tomase solamente el título de juez y no el de gobernador que podria poner en conflicto sus pretensiones con las que sustentaba Almagro á la parte del país, conocida con el nombre de Nueva Toledo y que le habia legado su padre. «Porque yo le avisé muchas veces no entrase en la tierra como gobernador, sino como juez de V. M. que venia á desagraviar á los agraviados, porque todos le recibirian de buena gana.» Ubi supra.